

“ todo el pasado atacaron igualmente las instituciones
 “ de la *ciudad* y las preocupaciones de la religión; exa-
 “ minaron y discutieron atrevidamente las leyes que
 “ aun gobernaban el Estado y la familia; iban de ciu-
 “ dad en ciudad predicando principios nuevos, ense-
 “ ñando, no precisamente la indiferencia entre lo justo
 “ y lo injusto, sino una nueva justicia menos estrecha
 “ y menos exclusiva que la vieja, más humana, más ra-
 “ cional, más alejada de las viejas edades. Esta fué una
 “ empresa atrevida que sublevó una tempestad de odios
 “ y de rencores: se acusó á los sofistas de no tener ni
 “ religión, ni moral, ni patriotismo; pero la verdad es
 “ que sobre todas estas cosas, no tenían una doctrina
 “ bien definida y creían haber hecho bastante cuan-
 “ do habían combatido las preocupaciones. Ellos remo-
 “ vían, como dice Platón, lo que hasta entonces había
 “ sido inamovible; ellos colocaban las reglas del sen-
 “ timiento religioso y de la política en la conciencia hu-
 “ mana y no en las costumbres de los antiguos y en la
 “ antigua tradición; ellos enseñaban á los griegos que
 “ para gobernar un Estado, no basta invocar usos anti-
 “ guos y leyes sagradas, sino que es preciso persuadir
 “ á los hombres y obrar sobre sus voluntades libres.
 “ Al conocimiento de las antiguas costumbres sustituían
 “ el *arte de razonar* y hablar, la dialéctica y la retóri-
 “ ca. Sus adversarios se acogían á la tradición; ellos
 “ se acogían á la elocuencia del espíritu.”

93. “Una vez despertada así la reflexión, el hom-
 “ bre no quiso ya creer sin darse cuenta de sus creen-
 “ cias, ni dejarse gobernar sin discutir sus institucio-
 “ nes; dudó de la justicia de las viejas leyes sociales
 “ y se presentaron á su espíritu otros principios. Pla-
 “ tón pone en la boca de un sofista estas bellas pala-
 “ bras: *á todos vosotros que estais aquí os considero*

“ como parientes; la *naturaleza* á defecto de
 “ la ley, os ha hecho conciudadanos; pero la ley, este ti-
 “ rano del hombre, hace violencia á la naturaleza en mul-
 “ titud de casos. Oponer así la *naturaleza* á la ley y á la
 “ costumbre, era atacar en sus fundamentos mismos la
 “ política antigua. En vano los atenienses arrojaron á
 “ Protágoras y quemaron sus escritos; el golpe estaba
 “ dado; el resultado de la enseñanza de los sofistas ha-
 “ bía sido inmenso; la autoridad de las instituciones
 “ desaparecía con la autoridad de los dioses naciona-
 “ les y el hálito del libre examen se propagó en los ho-
 “ gares y en la plaza pública.”

94. “Sócrates mismo, aunque reprueba el abuso
 “ que los sofistas hacen de su derecho de dudar, per-
 “ tenecía, sin embargo, á esa escuela. Como ellos re-
 “ chazaba el imperio de la tradición y creía que las reglas
 “ de la conducta estaban grabadas en la *conciencia hu-*
 “ *mana*; y no difería de los sofistas, sino en que es-
 “ tudiaba esta ciencia religiosamente y con el firme
 “ deseo de encontrar allí la obligación de ser justo y de
 “ hacer el bien, poniendo la verdad sobre la costumbre
 “ y la justicia sobre la ley. Divorciaba la moral de la
 “ religión, siendo así que antes de él no se concebía el
 “ deber sino como un decreto de los antiguos dioses;
 “ y en todo esto, queriéndolo ó nó, hacía la guerra á
 “ los cultos de la ciudad.... Después de Sócrates, los
 “ filósofos discutieron con toda libertad los principios
 “ y las reglas de la conciencia humana. Platón, Cri-
 “ tón, Arthisthenes, Speusipo, Aristóteles, Theofrasto
 “ y muchos otros escribían tratados sobre la política.
 “ Investigaron, examinaron; y los grandes problemas
 “ de la organización del Estado, de la autoridad y de la
 “ obediencia, de las obligaciones y de los derechos, fue-
 “ ron planteados ante todos los espíritus.”

95. "Sin duda el pensamiento no puede divorciarse
 " aun de los lazos de la costumbre que le aprisionaron.
 " Platón sufre aun en ciertos puntos el imperio de las
 " viejas ideas; el Estado que imagina es todavía la ciu-
 " dad antigua; ella es estrecha; no debe contener más
 " que 5,000 miembros; el Gobierno está regulado aun
 " según los antiguos principios; la libertad es descono-
 " cida; el objeto que el legislador se propone es menos
 " el perfeccionamiento del hombre que la seguridad y
 " grandeza de la asociación; la misma familia es casi
 " ahogada para que no haga competencia á los poderes
 " de la ciudad. El Estado sólo es propietario, sólo él es
 " libre; sólo él tiene voluntad; sólo él tiene religión y
 " creencias y cuaquiera que no piense como él debe
 " perecer. Y sin embargo, en medio de estas ideas atra-
 " sadas Platón proclama como Sócrates y como los so-
 " fistas que la regla de la moral y de la política está en
 " nosotros mismos, que la tradición no es nada, que es
 " la razón la que debe ser consultada, y que las leyes
 " no son justas, sino en tanto que son conformes á la
 " naturaleza humana. Estas ideas se encuentran más
 " precisas ya en Aristóteles. *La ley, dice, es la razón;*
 " y enseña que es preciso buscar no lo que es conforme
 " á las costumbres de los antiguos, sino lo que es bue-
 " no en sí, agregando que á medida que el tiempo mar-
 " cha, es preciso modificar las instituciones. Nuestros
 " primeros padres (dice) ya sea que hayan nacido del
 " seno de la tierra, ya sea que hayan sobrevivido á algún
 " diluvio, se asemejaban según toda probabilidad, á lo
 " que hoy hay de más vulgar é ignorante entre los hom-
 " bres; y sería por lo mismo un evidente absurdo ate-
 " nerse á la opinión de esas gentes. "Aristóteles, co-
 " mo todos los filósofos desconocía absolutamente el
 " origen religioso de la naturaleza humana; no habla

" de los pritaneos; ignora que estos cultos locales han
 " sido el fundamento del Estado." "El Estado (dice)
 " no es otra cosa que una asociación de seres iguales
 " buscando en común una existencia feliz y fácil." De
 " esta manera la filosofía rechaza los viejos principios
 " de la sociedad y busca un nuevo fundamento sobre
 " que puedan apoyarse las leyes sociales y la idea de la
 " patria.

96. "La escuela cynica vá más lejos; niega la pa-
 " tria misma. Diógenes se envanecía de no ser ciuda-
 " dano de ninguna parte y Crates decía que su patria
 " era el desprecio de la opinión de los demás. Los cy-
 " nicos agregaban esta verdad entonces nueva: que el
 " hombre es ciudadano del universo, y que la patria no
 " es el estrecho recinto de una ciudad; y consideraban
 " el patriotismo municipal como una preocupación, su-
 " primiendo del número de los sentimientos, el amor á
 " la ciudad. Por disgusto ó por desdén los filósofos se
 " alejaban cada día más de los negocios públicos. Só-
 " crates había llenado sus deberes de ciudadano; Pla-
 " tón había procurado trabajar en favor del Estado re-
 " formándolo; pero Aristóteles ya más indiferente se
 " limitaba al papel de observador haciendo del Estado
 " un objeto de estudios científicos."

97. "Llega su turno á los estoicos que se ocupan
 " en política. Zenon, Cleantho, Chrysisipo escriben nu-
 " merosos tratados sobre el gobierno de los Estados;
 " pero sus principios están muy lejos de la vieja políti-
 " ca municipal, y hé aquí en que términos un antiguo
 " nos instruye sobre las doctrinas que tenían sus escri-
 " tos. "Zenon en su tratado del gobierno se ha propues-
 " to demostrarnos que no somos los habitantes de tal
 " pueblo ó de tal ciudad, separados los unos de los otros
 " por un derecho particular y leyes exclusivas, sino

“ que debemos ver en todos los hombres conciudadanos,
 “ como si todos perteneciésemos al mismo pueblo ó la
 “ misma ciudad. “Se vé por esto, qué camino habían
 “ recorrido las ideas de Sócrates á Zenon. Sócrates se
 “ creía aún obligado á adorar, en cuanto le era posible,
 “ á los dioses del Estado ; Platón no concebía aún otro
 “ gobierno que el de una ciudad ; pero Zenon pasando
 “ sobre estos estrechos límites de la asociación hu-
 “ mana, desdeña las divisiones que la religión de las
 “ viejas edades ha establecido, y como él concibe al Dios
 “ del universo, tiene también la idea de un Estado en
 “ el que entrara la humanidad entera. (1)

98. Pero hé aquí un principio más nuevo aún. El
 “ estoicismo ensanchando la asociación humana eman-
 “ cipa al individuo, y como rechaza la religión de la
 “ ciudad, rechaza también la servidumbre del ciudada-
 “ no y no quiere que la persona humana sea sacrificada
 “ al Estado. Distingue y separa netamente la parte de
 “ libertad que debe quedar al hombre y emancipa á lo
 “ menos la conciencia. Enseña al hombre que debe en-
 “ cerrarse en sí mismo, encontrar en sí el deber, la vir-
 “ tud, la recompensa ; no le prohíbe ocuparse en los ne-
 “ gocios públicos, al contrario, le invita á ello, pero ad-
 “ virtiéndole que su principal trabajo debe tener por
 “ objeto su mejoramiento individual y que sea cual fue-
 “ re el gobierno, su conciencia debe permanecer inde-
 “ pendiente. Gran principio que la ciudad antigua ha-
 “ bía siempre desconocido ; pero que debía un día con-
 “ vertirse en una de las reglas más santas de la polí-
 “ tica.”

99. “Se comienza entonces á comprender que hay

(1) Marco Aurelio decía: *Como Antonino tengo por patria á Roma; como hombre, mi patria es el mundo.*

“ otros deberes que los que se tienen para con el Esta-
 “ do y otras virtudes que las virtudes cívicas. El alma
 “ se adhiere á otros ideales que no son comúnmente la de
 “ patria. La ciudad antigua había sido tan omnipotente
 “ y tiránica que el hombre la había hecho el solo ob-
 “ jeto de todo su trabajo y de todas sus virtudes ; ella
 “ había sido la única regla de lo bello y de lo bueno y
 “ no había heroísmo sino para ella. Más hé aquí que
 “ Zenon enseña al hombre que tiene una dignidad, no
 “ de ciudadano, sino de hombre ; que además de sus de-
 “ beres para con la ley, tiene otros para consigo mismo
 “ y que el supremo mérito no es el de vivir y morir por
 “ el Estado, *sino ser virtuoso y agradar á la Di-*
 “ *vinidad.* Virtudes un poco egoistas y que dejan pe-
 “ recer la independencia nacional y la libertad ; más
 “ por las cuales el individuo se engrandece. Las vir-
 “ tudes públicas iban decreciendo, pero las virtudes
 “ personales brotaron y aparecieron en el mundo. Tu-
 “ vieron desde luego que luchar ora contra la corrup-
 “ ción general, ora contra el depotismo ; pero se arra-
 “ garon poco á poco en la humanidad y á la larga se
 “ convirtieron en un poder que todo gobierno debió te-
 “ ner en cuenta y fué preciso que las reglas de la po-
 “ lítica fueran modificadas para que esas virtudes tu-
 “ viesen su lugar.”

100. “Así se transformaron poco á poco las creen-
 “ cias ; la religión municipal, fundamento de la ciudad,
 “ se extinguió ; el régimen municipal, tal como lo ha-
 “ bían concebido los antiguos, debió caer con ella, y se
 “ operó insensiblemente el divorcio de esas reglas riguro-
 “ sas y de esas formas estrechas de gobierno. Ideas
 “ más altas impulsaban á los hombres á formar socieda-
 “ des más grandes ; sentíanse arrastrados hácia la uni-
 “ dad, y esta fué la aspiración general de los dos siglos

“ que precedieron á la era cristiana. Es cierto que los
 “ frutos que llevan estas revoluciones de la inteligencia,
 “ son muy tardíos en madurar; pero vamos á ver, es-
 “ tudiando la conquista romana, que los acontecimien-
 “ tos marchaban en el mismo sentido que las ideas, que
 “ ellos tendían á la ruina del viejo régimen municipal
 “ y que preparaban nuevos modos de gobierno.”



X.

El Derecho Natural.

101. Pueblo privilegiado aquel cuyo espíritu despierta por vez primera en la historia del género humano la conciencia de que el universo está regido por *leyes naturales*, por un *orden* inflexible al que obedecen todos los seres y todos los movimientos de la naturaleza; suelo privilegiado, el suelo de la Grecia, donde por vez primera la humanidad sintió el absurdo de oráculos pueriles, de milagros perpetuos, de intervenciones sobrenaturales de dioses y diosas del Olimpo de Homero en los negocios de la vida humana, sujetando á sus caprichosas y volubles voluntades los destinos de las sociedades, el curso de las leyes físicas y hasta el movimiento de los astros; raza inmortal aquella que adivinó y tradujo la armonía del mundo físico en la elocuencia de sus mármoles y en las líneas del Parthenon; y la armonía del mundo moral en la sublime resignación de Sócrates bebiendo la cicuta.